



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XVII
Núm. 90

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

ENERO
1928

Postales marianas

VII

«María nos ha dado el Salvador.»
(Ofic. Circunc.)

EL mes de Enero, para el que tan avara de atractivos se mostró la naturaleza, aparece siempre ante el alma cristiana como nimbado por divina aureola de consuelo y esperanza. Es que viene todo él impregnado de las ternuras de una Madre y de los encantos de un Niño... Este Niño gracioso es aquel mismo Niño que, como rocío de vida bajado del cielo sobre la humanidad agostada, fué anunciado por el ángel en aquella noche venturosa de las celestiales larguezas: *Os anuncio un gozo grande, pues que os ha nacido hoy el Salvador, que es Cristo Dios.—*

Pero este Niño excelso, centro de todos nuestros anhelos y precio de nuestro rescate, nos ha venido por medio de María. *Ecce Maria genuit nobis Salvatorem.* Para nosotros Lo concibió, para nosotros Lo dió a luz y estrechó entre sus brazos maternales y como Hostia purísima por nuestros pecados y miserias, Lo va a ofrecer dentro de poco al Eterno Padre, en el día de su Purificación... Madre gloriosa, Madre benéfica, Madre-Virgen mil veces más fecunda que todas nuestras madres terrenas. *¡Oh, Virginidad santa y sin mancilla! Yo no sé con qué alabanzas poder ensalzarte, ya que encerraste en tu seno a Quién los cielos no pueden contener. ¡Bendita seas tú, oh María, entre todas las mujeres y bendito sea el Fruto de tu vientre!...*

¡Qué afectos del más encendi-

do amor mariano no debe despertar en nosotros la meditación pausada de esta sencilla frase:

«¡*Maria nos ha dado el Salvador!*»

M. DE MARÍA.

Ciudadela, Enero-1228.

Cuento de Reyes

I

Padrín

QUIÉN era Pedrín? Era un niño de nueve años escasamente, de ojos de cielo y cabellos de ángel, de mirada dulce y triste a la vez, que formaba el orgullo de su profesor, era la admiración de sus condiscípulos y el encanto de su hermana Rosa y su hermanito Pepe, quien apenas contaba cuatro años, y que apesar de la anemia que le iba consumiendo, era lindo y gracioso como él.

Rosa, les hacía las veces de madre, pues sus padres, víctimas de una epidemia, les habían dejado solos en el mundo, al amparo de la divina Providencia; y en Ella sólo confiaba Rosa, al par que fregando pisos y lavando ropa, ganaba apenas para la subsistencia de los tres.

¡Qué alegre y orondo estaba Pedrín aquella hermosa mañana!

Como era la vigilia de los Santos Reyes y duraban aún las vacaciones de Navidad, no había asistido a la escuela, y había podido constituirse en secretario de su pequeño hermanito, que enfermo y débil como estaba, le había suplicado escribiese una carta a los santos Reyes, pues

deseaba unos zapatitos de fieltro con que calentar sus heladitos piés, y un cabalito para jugar, porque carecía de todo juguete.

Después que Pedrín hubo cumplido su cometido, dijo a Pepín, entre besos y caricias: —En cuanto haya copiado la carta, y mientras Rosa tarda en llegar de la fuente, iremos a la Ermita a echarla en el buzón que hay cerca del altar de la Virgen, para que ella, se encargue de entregarla a los santos Reyes, ya que mi hermana me ha dicho que te haga dar unos cuantos pasos para tomar el sol: ¿Gustas que vayamos a la Ermita?—

En el pálido rostro de Pepito brilló un destello de inocente alegría, y aceptó gustoso lo propuesto por su querido Pedrín; y este, niño gracioso y vivo como una ardilla, creyó con su poca experiencia, y su fe ciega en la llegada de los Stos. Reyes, que su hermanito tendría bastante ánimo y fuerzas suficientes, para llegar a la Ermita, que distaba de su casa quinientos pasos; y emprendieron el camino.

II

La epidemia, que había arrebatado la vida a los padres de Pedrín, se llevó también a Luís y Joaquín preciosos niños de la condesa de San Damián; y aquel día, segundo aniversario de su

muerte, estaba la pobre señora inconsolable, ella, que en años anteriores y en la misma fecha, había gozado tanto, preparando a sus hijitos el regalo de Reyes, ahora se encontraba sola en el mundo, y sentía todo el peso de su viudez y soledad, aunque se veía amada, respetada y rodeada de muchos fieles servidores, que la querían y admiraban, pues solo vivía para Dios y los pobres, sin que jamás pusiese tasa a su ardentísima caridad.

Aquella mañana de Enero en que el sol había desplegado toda su ufanía, deseoso de encontrar algún consuelo, se dirigió sola y a pié a la Ermita, sin permitir que la acompañase su doncella. ¡Se está tan bién sola y sin testigos, cuando el corazón rebosa de amargura!

Estando arrodillada, ante el altar de la Virgen del Carmen rezando fervorosamente, vió llegar al inocente Pedrín, sudoroso y jadeante de fatiga, llevando a cuestas a su hermanito, que, a juzgar por lo fatigoso de su respiración y por la palidez de su rostro, parecía que estaba a punto de desmayar.

Pedrín, lo sentó en un banco de piedra y mirándolo fijamente se asustó de su obra; y comprendiendo que había llevado a su hermanito demasiado lejos, se echó a llorar amargamente, cayendo arrodillado ante el altar.

—¿Por qué lloras, monín?—le preguntó, con dulzura la condesa.

—¡Ay, señora! lloro porque me parece que va a morir mi hermanito; y Rosa, ¡la pobre Rosa

no sabe nada!... ¡veo que hemos ido demasiado lejos!—exclamó el inocente niño entre sollozos—pero yo creía...

—No llores, no llores, pobre niño, tu hermanito sin duda está muy fatigado, y luego le pasará el ahogo con la ayuda de Dios, ya verás...

Y dirigiéndose apresuradamente a casa de la santera volvió al poco rato la amable condesa con una copita de vino generoso que dió a beber a los dos niños. ¡Bién lo necesitaba también Pedrín, porque sus fuerzas se habían debilitado mucho con el largo trayecto que había recorrido cargado con su Pepín.

Diéronle gracias los dos niños y se volvió la condesa a casa de la santera, admirada de la educación y compostura de los dos angelicales hermanitos.

Son muy pobres, dijo para sí, pero ¡qué límpios y bien remendados llevan sus pobres trajecitos! Sin duda esa Rosa de que habla el lloroso angelito debe ser muy hacendosa y muy cuidadosa de su buena educación.

Al volver a salir para continuar sus rezos, vió a Pedrín arrodillado, enjugándose el sudor con una manecita, y sosteniendo con la otra un pequeño rosario, rezando a la Virgen con fervor.

Cuando hubo pasado una decena de cuentas, guardó el rosario en el bolsillo de sus remendados pantalones, y juntando sus manecitas, recitó a media voz una *Salve Regina*; luego levantándose y sonriendo a su reanimado hermanito, quien a

su vez sonreía también sacó de entre su blusa una carta, y la echó en el cepillo de las limosnas, con la fe de que la Virgen del Carmen la entregaría a los Stos. Reyes.

Se dirigió luego a la puerta y tomando agua bendita la dió a su pequeño hermano y cojiéndole la manecita le hizo trazar perfectamente la señal de la cruz. Persignóse él también, volvió a cargar con Pepín, después de saludar ligeramente con la cabecita a la señora condesa, y salió de la Ermita dejando a la señora mirándolos embebecida.

III

A la mañana siguiente, apenas se hubo desayunado la condesa, llamó a su fiel servidor Jerónimo y preguntale con marcado interés:—¿Qué resultado han dado tus pesquisas? ¿Has podido averiguar quienes son y donde viven los niños que ví en la Ermita.

—Sí, señora condesa, en este papel hay escritos cuantos apuntes pueden interesar a usted.

La condesa tomó el papel con avidez, y leyó la dirección de los niños. *C. de Sta. Margarita, n.º 21.*

Y de la lectura de los apuntes pudo sacar en limpio que: al llegar Rosa de la fuente, en vez de encontrar a sus hermanitos en su casa, encontró sobre la mesa la carta que Pedrín escribiera a los Reyes, y como había algún borrón, la dejó al descuido como papel inútil; y luego vió un papelito con ensayos de dirección, en el que pudo leer «A la Virgen

de la Ermita, para entregar a los Stos. Reyes.»

Rosa lo comprendió todo; marchó ligeramente en dirección a la Ermita, y antes de llegar a ella encontró al pobre Pedrín, pues llevaba a cuestas a su hermanito. Rosa tomó a éste en sus brazos, y reconviniendo a Pedrín con dulzura,—vamos,—añadió,—que ya es la hora de la comida y todavía estamos lejos de casa.

Y lamentando la fatiga de los dos inocentes niños, sólo se ocupó después en pensar de que modo satisfacería sus deseos.

El día anterior, la piadosa joven había recibido un par de zapatos nuevos, que colmaban los deseos alimentados desde mucho tiempo, y que eran regalo de una conocida señora, muy caritativa, que había querido recompensar de algún modo algunos servicios que le había prestado Rosa y de los que quedó sumamente agradecida.

La tarjeta con que se le dedicaba el regalo decía que era para estrenar el día de Reyes, ya que no había podido mundárselos, por Navidad, como deseaba.

Rosa no titubeó un momento: vendió sus queridos zapatos y dió gracias a la divina Providencia que los había hecho llegar a sus manos.

A la hora de la Misa se había visto a Rosa andar con los pies descalzos sobre la nieve caída durante la noche, dirigiéndose devotamente a la Iglesia llevando un vestido de percal negro muy limpio y aseado; llevando en brazos a Pepito que lucía unos

zapatitos de fieltro; y de la mano a Pedrín, quien llevaba el trajecito nuevo que los Stos. Reyes habían cuidado de colocar en su ventana [aunque él no hubiese pensado siquiera en pedirselo.

Ahora la condesa de San Damián ya no vive sola; y al salir

siempre la acompañan una graciosa y modesta joven y dos robustos niños de ojos azules y bucles de oro, que la llaman madre y la hacen sonreír de felicidad.

M. DE JESÚS.

Ciudadela, Enero de 1928.

Gracia de la Virgen del Toro

HACIA tiempo que padecía las dolencias de una enfermedad; supliqué a Nuestra Señora de Monte-

Toro la gracia de mi curación completa, que me concedió. Agradezco a María este beneficio.

UNA DEVOTA.

Ferrerías—Diciembre de 1927.

BIBLIOGRAFIA

LA TAZA DEL BONZO BLANCO.—Narración Japonesa por *Antonio Huonder, S. J.*—Con seis grabados (120 pág.)—En media tela, con portada en 4 colores: Pesetas 1'75.—*Librería Herder, Balme, 22, Barcelona.*

El núcleo de este interesantísimo cuento es el descubrimiento del secreto de la taza del bonzo blanco, el cual lleva como consecuencia la conversión al cristianismo de una noble familia japonesa, de cuyos antepasados sin embargo algunos eran mártires cristianos. El relato histórico es entrelazado artísticamente de variadísimas y multicolores escenas de la vida japonesa.

LOS COLONOS DEL BRASIL.—Narración de las colonias alemanas del Brasil meridional por *Guillermo Wiesebach, S. J.*—Con seis grabados (116 pág.)—En media tela, con cubierta en 4 colores: Ptas. 1'75.—*Librería Herder, Balme, 22, Barcelona.*

Esta narración transporta al lector a la época de las guerrillas de los farrapos en el Brasil y describe con plasticidad los sufrimientos y los gozos de una familia de colonos alemanes. En el centro del drama desarrollado está un bravo y heroico joven con su padre, quienes logran sobreponerse a innumerables escenas terroríficas causadas por los indios, mientras que los demás miembros de la familia perecen víctimas de una manera horrosa.

LA VENGANZA DEL MERCEDARIO.— Narración de la Edad Media por *Antonio Huonder, S. J.*— Con seis grabados (96 págs.)—En media tela, con portada en 4 colores: Ptas. 1'75.—*Librería Herder, Balmes, 22, Barcelona.*

Al volver de una cruzada, el caballero Balduino encuentra destruído por un enemigo mortal el castillo de su familia y muertos por la crueldad de aquél a sus padres y hermanos. Habiéndose hecho Mercedario y llegado a ser prior, se encarga de libertar al enemigo de su familia de las manos de los infelices en que ha caído. Describir cómo esto logra, es el asunto principal de este volumen, lleno de aventuras peligrosas con los sarracenos.

Este libro y los dos precedentes, pertenecen a la hermosa colección «*Desde lejanas tierras*» que publica con tanto acierto, la casa Herder & Cía. de Frisburgo (Brisgovia) Alemania y cuya sucursal española está instalada en Barcelona.

—=—

JARDÍN DE ROSAS DE NUESTRA SEÑORA.—Excelencias del Santísimo Rosario y modo de rezarlo bien por el *P. M. Meschler, S. J.*—Segunda edición en 24.º (IV y 200 págs.)—En tela, cortes blan-

cos: Ptas. 2'75.—*Herder, Balmes, 22, Barcelona.*

Bello, instructivo para toda clase de personas es este librito, debido a la pluma del célebre Jesuita alemán, P. M. Meschler, tan conocido en el mundo de las letras, por sus numerosas y siempre interesantes obras.

El libro de que hacemos mérito puede compararse a la violenta gentil de nuestros jardines. Modesta, perfuma el ambiente, saturándolo de agradables olores. Así el libro. En apariencia pequeñín y modesto, deja el alma saturada y perfumada con su encantadora sencillez mística de que está impregnado, en todas sus páginas.

Quien quiera rezar bien el Santo Rosario, compre el bellísimo libro del P. Meschler, artista verdadero de la palabra y profundo pensador.

JOSÉ TUDURÍ MOLL,
Lectoral de Menorca.

Ciudadela, enero, 1298.



NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS

En Ferrerías, falleció, cristianamente, el suscriptor D. Francisco Ferrer Martí.

Se recomienda su alma a las oraciones de los demás suscriptores.



Imp. y Ed. del Sagrado Corazón de Jesús. — Ciudadela



El Santo Cristo de Ciudadela



Noticias históricas

por

Rafael Bosch y Ferrer, Pbro.

Ciudadela - 1928



De la veneranda imagen y su procedencia.

El Santo Cristo de Ciudadela, conocido también por el Santo Cristo de los Pelaires, y por el Santo Cristo del Sudor, es una preciosa y devota imagen de Ntro. Sr. Jesucristo puesto en

la cruz, y ya difunto, que mide unos 126 centímetros.

Procede del Gremio de Pelaires o Cardadores, que había en esta ciudad, bajo la advocación de San Bernardino de Sena.

Primeras noticias históricas.

Su origen es desconocido. Una larga relación de las extraordinarias rogativas que en 1622 se hicieron en toda la Isla con motivo de sequía, no lo cita entre las imágenes a que se recurrió en aquella ocasión. Las

primeras noticias que se encuentran de Él, son del mes de marzo de 1661, fecha en que ya pertenecía al gremio mencionado, el cual lo tenía colocado a la sazón en su sala de juntas, que era una *cambrá*—o sea, un des-

ván; o sala—de la casa *dels Pe-rayres* en que vivía el maestro cardador Lorenzo Ximenas.

El desconocimiento, indicado, de su origen, no quita que su historia sea relativamente larga e interesante, pudiendo muy

bien empezarla, quién emprendiese la benemérita labor de escribirla, por una serie de sucesos memorables, que acaecieron en dicho marzo de 1661, y cuya narración es la que a continuación va a ver el lector.

Conducción del Santo Cristo

a la iglesia de San Juan de Artruix.

Hacíanse rogativas públicas, en esta ciudad, para impetrar lluvias benéficas, con motivo de la persistente sequía que entonces sufría Menorca (1), y que, por llegar al grado de no llover en todo aquel invierno, vino a ser precursora de la cosecha muy escasa de aquel año en esta isla (2). El sábado, 12 de dicho mes, el gremio referido tomó parte, por cuenta propia, en las rogativas mencionadas, a cuyo efecto se dirigió particularmente a la iglesia rural de San Juan de Artruix, con su ci-

tado Santísimo Cristo, que era llevado en hombros por doce maestros del expresado oficio vestidos de peregrino, y lo acompañaban, además de los pelaires con su mayordomo (*sobreposat*), seis frailes franciscanos, a quienes el gremio gratificó, por su trabajo, con tres libras mallorquinas (1).

(1) V. D. Francisco Barceló y Caymaris, *Historia de Menorca*, inédita, t. II. p. 111.

(2) V. Dr. D. Juan Ramis y Ramis, *Varones ilustres de Menorca*, Mahón, 1817, *Tholosa* (D. Pedro) y *Lorenzana* (D. Pedro).

(1) F. Barceló y Caymaris, loc. cit.—Desde la desaparición de los pelaires, al sacar la santa imagen en rogativas públicas por agua, la llevan seis labradores, vestidos todavía con el típico traje llamado de peregrino, que es de tela blanca, almidonado y planchado, de falda ancha, cuerpo tableado y ceñido con correa negra, y volante alrededor del cuello. De ellos, cuatro llevan la santa imagen en andas, y dos apoyan con sendas astas los brazos de la cruz para ayudar a mantener el equilibrio.

Sudores de la devota imagen.

El lunes siguiente (día 14) dos personas fueron a casa del Muy Mag.^{co} Vicario General y Pavorde de Menorca, Rdo. doctor Cristóbal de Cassales, a anunciarle que el referido Santísimo Cristo de los Pelaires estaba sudando. Al recibir dicha primera autoridad eclesiástica en esta is-

la el aviso expresado era aproximadamente alrededor del mediodía. De momento su prudente actitud fué la de procurarse un informe preciso y fidedigno de lo que ocurría, a cuyo efecto envió, para que lo visurara, al Rdo. Dr. Miguel Vivas, Vicario, que se encontraba en su compa-